

Javier Martínez Reverte.



generación del 98, el modernismo y la juventud ultra e iconoclasta de la década de los veinte, concibieron y realizaron una literatura viva y sugeridora, real y acorde con su tiempo. Participaron activamente en el periódico diario, en la crítica fugaz de cada momento, al tiempo que constituyeron la pléyade más brillante de traductores que ha tenido España. Basta recordar solamente los nombres de Azaña, Ricardo Baeza, Enrique de Mesa, Bacarisse, Ciges Aparicio, Araquistain, etcétera, y, entre ellos, el propio Díez Canedo.

Federico de Onís pensaba que nuestro poeta, en su doble labor para con la poesía, "se constituye en la figura capital de toda la época; su situación cronológica en el centro de ella le ha permitido conocerla directamente en toda su evolución; su temperamento intelectual, abierto y sereno, le ha hecho entenderla en todas sus escuelas; su cultura, su penetración y su buen gusto le han capacitado para juzgarla. Si en el aspecto de su poesía original no llega a ocupar el mismo lugar preeminente y único que ocupa como crítico, es uno de los poetas más distinguidos del momento posmodernista en muchas de sus diversas tendencias".

Y como una muestra de la modernidad, fresca y juego de su obra, leamos estos versos de su increíble "Balada de los tres naipes", del mejor sabor valleinclanesco:

"Se durmió como la marmota/entre la colilla y el jarro;/ya no tiene lumbre el cigarro;/ya el jarro no tiene ni gota;/y, aun dormido, la palabrota/en sus torpes labios se cuaja;/Sobre la mesa, la baraja/el rey, el caballo y la sota". ■

Versos contra el asfalto

METROPOLI (1) es el primer libro de poemas del periodista madrileño Javier Martínez Reverte, pero también es una gran sorpresa, porque es un libro de madurez, sin artificios ni falsos misterios, en el que aparece dibujada la enorme cárcel de hormigón y tráfico que recorre-

mos diariamente como autómatas sordos.

La ciudad es, a la vez, vida y muerte, y el laberinto de la libertad. En ella se compendian todos los deseos y miedos del hombre, proclamados en los versos de "Metrópoli" con una frescura difícil de encontrar en estos tiempos de perorata y adjetivos.

El escritor se ha limitado a mostrar en tono épico el dolor de las cosas sencillas que acontecen en la ciudad y la opresión de los humildes, cuyas desgracias llenan los callejones, las casas y las aceras del Moloch urbano, creado para concentrar mano de obra y mercado. La poesía de Martínez Reverte no es opaca ni

abstracta, sino concreta como el cemento de los rascacielos. Luce como el neón y las farolas, sin expresiones opacas ni recursos alambicados. Es un ajustado discurrir de palabras sencillas, pero densas de significado e intencionalidad. Un libro escrito en el filo de una militancia política, repleto de interrogantes y ansias libertarias, como un reto al sistema de valores, actitudes y comportamientos que representa la gran ciudad dentro del esquema general de dominación imperante.

La ciudad ha hecho surgir nuevas formas de contradicciones sociales y es el fermento revolucionario de nuestro tiempo. El hacinamiento produce agresividad y desesperación. El paro y el lujo se combinan en la metrópoli hasta formar una mezcla explosiva. Sus moradores más pobres proceden, en muchos casos, de zonas lejanas, donde reina el espectro de la miseria y la soledad.

"Corrimos hacia ella,/por que detrás, al Sur,/sentíamos aullar el viento de la muerte".

Una vez dentro, salir de la ciudad es difícil. En la tela de araña

La "Revista Occidente", ante los años ochenta

CON una colorista viñeta de Marija Mallo en la clásica portada y dirigida por Soledad Ortega, reaparece por segunda vez la "Revista de Occidente" (1).

Nació en 1923 por obra de Ortega y Gasset. Ortega y Santa Teresa se parecen en su maestría al usar el castellano y en su afán fundacional. Antes de fundar la "Revista de Occidente", Ortega, que tiene entonces cuarenta años, ha intervenido en la salida de "Faro" (1908), "Europa" (1910), "España" (1914), "El Sol" (1917), la editorial Calpe (1919)...

La importancia cultural de la "Revista" en la historia contemporánea española es excepcional. Evelynne López Campillo la cuenta en un documentado libro, cuyo prologo —el hispanista e hispanófilo Jean Bécarrud— escribe al comparar la publicación con sus coetáneas: "Las superó a todas no sólo en duración, sino en cuanto a amplitud y a profundidad de impacto" (2).

En ella hablaron del "Ulises" Bernard Shaw y Jung (que veía en la novela el inconsciente colec-

tivo de la psique moderna). Escribieron de filosofía desde Simmel, Scheler o Russell a los jóvenes discípulos de Ortega, como Ramiro Ledesma (una mente poderosa que, urgida por la política, dejaría la metafísica por el fascismo), Xavier Zubiri, José Gaos y Julián Marías. Allí se acogió el homenaje de 1927 a don Luis de Góngora. Muñoz Rojas explicó Lawrence a los españoles y Schulten los tartesios...

La "Revista" llega hasta 1936 y retorna después de muerto Ortega, para interrumpir otra vez su salida tras cambiar el formato clásico.

Ahora vuelve como solía —gracias a la ayuda del Banco Urquijo y el Ministerio de Cultura—, con un extra ("Ante los años ochenta"), que lleva trabajos de Rojo, G. Barraclough, Arango, Alvaro Espina, Aranguren, Cueto, Morañas, Carabaña, Rubert de Ventós y Fernández Alba.

Soledad Ortega asegura en la presentación: "Lo que urge ahora es contribuir a mantener la comunicación interdisciplinaria tratando de que los especialistas escriban sobre sus respectivos temas". Y la forma para ello es aquella en la que Ortega fue indiscutible maestro: el ensayo. Es secretario de Redacción Vicente Verdú (ensayista él mismo: "El fútbol: mitos, ritos y símbolos", Alianza Editorial) y forman el Consejo Joaquín Arango, Violeta Demonte, Emilio Lamo de Espinosa, Antonio Lara y Ana Puértolas. ■ V. M. R.

(1) Editada por la Fundación José Ortega y Gasset. Génova, 23. Madrid-4. Publicación trimestral. Número 1, 224 páginas, 250 pesetas.

(2) E. López Campillo: "La Revista de Occidente y la formación de minorías". Prólogo de Jean Bécarrud. Versión de Florentino Trapero y E. López Campillo. Taurus Ediciones. Colección Persiles, número 58, 1972.

(1) "Metrópoli". Javier Martínez Reverte. Colectivo 24 de Enero. Serie Poesía. Madrid, 1980.

urbana, lo normal es quedar atrapado para siempre, enterrado en los cementerios que la rodean, sin que la salvación se vislumbre ni en sus suburbios ni más allá de sus confines.

"Sigue derecho, amigo./Donde terminan los semáforos/ encontrarás un campo/plagado de cadáveres./Y más allá, la muerte".

El "gran dinero" es el señor de la "gran ciudad". La concentración del capital es su última finalidad. Los Bancos son sus ciudades y los tecnócratas sus oficiales. Las empresas y fábricas son las trincheras donde la tropa se ve comida por los piojos. La ley es el salario.

"Vendremos a dormir/el cansancio implacable de nuestros cuerpos rotos/sobre los basureros./ Guardaremos monedas en las habitaciones/o iremos a los Bancos para esconder allí/lo poco que nos dan por todo lo que damos./ Seremos propietarios del humo y la ceniza,/los orgullosos amos de las lágrimas./señores del cansancio de nuestras almas tristes".

Los dueños de la ciudad han inventado dioses y ordenado sacerdotes, pero son difíciles de ver: "Puede ser que jamás,/ni un día de tu vida/tropezes con su sombra". Ellos manejan el ciclo reproductor del sistema. Su sentido de clase está fuera de duda, y aunque "... son pocos/y cada vez son menos,/se ayudan entre ellos/cuando alzamos un grito de hambre y de rebeldía".

En las fronteras de la metrópoli, refugio de perros vagabundos y cementerio de basuras, está el suburbio. La selva de chabolas cuya moral es sobrevivir, y donde la agresión y el asesinato germinan. La llanura desde donde la ciudad es una caja fuerte que hay que abrir. Reverte lo canta con estos versos:

"Los viejos dormitaban esparciendo los sueños/y los hombres dormían la fresca borrachera./ Las mujeres batían en baldes de agua sucia/la ropa desgastada./ Les colgaban los pechos/y el odio embellecía sus ojos oxidados".

Y entre el estiércol gris del suburbio brota, como un arbusto hollado, el amor urbano, aquel que se hace entre cascotes y latas de basura. Allí "encontramos los besos, los abrazos./Llenamos un condón y bebimos champaña./ Fornicamos sin pausa hasta el delirio./Y el amor, para siempre, habitó entre nosotros".

En "Metrópolis" aletea la venganza de los pobres, de los desahuciados, contra aquellos que hi-

cieron posible el hambre y la guerra, y que se ocultan "en la breve penumbra del último despacho".

"Y ese día, si llega,/tendremos que matar posiblemente./Aunque el asesinato / mancille nuestro sueño de libertad y vida".

Al final, Martínez Reverte enseña el hilo conductor de su libro: la libertad capaz de vencer a la muerte, que traerá los veranos y ventanas abiertas a la Naturaleza. Con esta visión, el poeta deja caer sus últimos versos, empapados de esperanza:

"Hoy ha muerto el dolor,/los dioses se han marchado./Y ahora para siempre,/tú y yo seremos libres". ■ FERNANDO MARTÍNEZ LAINEZ.

Una nueva concepción del manual

EXISTEN dentro de la crítica literaria, tres tradiciones: la universitaria o académica, la ensayística y la militante o combativa... La primera, contra lo que se cree, es la más abierta y creativa". El autor de esta frase, Francisco Rico, es, además, el responsable de la más importante obra nacida, durante las últimas décadas, en el seno de la crítica universitaria: *Historia y Crítica de la Literatura Española (HCLE)* (1).

Un mes escaso llevan los dos primeros tomos en la calle y ya han alcanzado un considerable éxito de ventas. Esto indica que la HCLE, además de ser una obra importante, es una obra útil, que inmediatamente ha atraído la atención de los especialistas y estudiantes de Literatura.

No es para menos. La HCLE es una obra ambiciosa, que se diferencia radicalmente, en su estructura, intención y contenidos, de los manuales conocidos. No es un manual ni es tampoco una antología de la

(1) Tomos I y VI. Ed. Crítica. Barcelona, 1980.

ADIÓS A LAS LETRAS

El miedo del portero ante el penalty

LOS que la semana pasada veían deambular a Vicente Verdú entre las páginas resurrectas de *Revista de Occidente*, presentada en Madrid cuando ya Jorge Luis Borges y Gerardo Diego habían recibido sus premios Cervantes, desconocían que el mismo muchacho ya tallado, periodista mediterráneo y experto, con cierta cara de ángel bendecido alguna vez por Ruiz-Giménez y prologado en otra ocasión por Vázquez Montalbán, es el afortunado escritor del mejor ensayo que sobre la antropología del fútbol se haya hecho en este país.

Es Vicente Verdú autor de esta frase antológica, que no sólo define la actitud del portero ante el gol, sino que reproduce la sensación de inutilidad eufórica que domina al español sentado. Dice Vicente Verdú del portero: "El destino del portero es cohabitar con la calamidad del gol, pero sin tener, salvo extrañas excepciones, el gozo de ser él quien lo marque".

El libro es un modelo de sentido del humor, y no sólo por eso lo recomiendo desde aquí. Lo recomiendo también porque es el primer libro con fotografías que ni ha editado Planeta ni es de *Memorias*.

El volumen, en fin, se titula *El fútbol: mitos, ritos y símbolos* y ha sido publicado por *Allianza Editorial*. Vicente Verdú ha parido esta vez por partida doble, porque al mismo tiempo que ha ofrecido ese libro a la consideración de la afición que le anima, presentó el pasado jueves la nueva *Revista de Occidente*, en cuyas tareas de redacción él tiene una grave responsabilidad. Como siempre que en este país alguien resucita, son los Bancos los que le dan la mano, y en este caso la publicación que fundara Ortega y Gasset viene de la mano del Banco Urquijo y de Soledad, la hija del filósofo, que preside la *Fundación Ortega y Gasset*, editora de la revista.

Fue una semana de revivals. Siempre pasa en tiempos de crisis. Vicente Verdú recuerda sus viejas aficiones futbolísticas, Soledad Ortega vuelve a la luz la



Vicente Verdú.

Revista de Occidente, los banqueros se siguen haciendo mecenas y Jorge Luis Borges y Gerardo Diego regeneran una vieja amistad, salvajemente golpeada a veces —no por ellos— por anécdotas que si algo demostraban era que ni uno ni otro podían ignorarse. Son tiempos oyendo pasar el Duero.

Hubo más revivals. Por lo menos yo asistí a uno de ellos: el de Kissinger, que vino a España, donde solía, a decirnos cómo tenemos que hacer para escribir *Memorias* de más de mil páginas sobre tres años de trabajo. Si Kissinger estuviera cien años en el poder —Reagan, si vence a Carter, podría hacer el milagro—, inundaría de la letra impresa de sus recuerdos las bibliotecas del mundo. Vino como una exhalación. Es el Fraga de la vida americana, con la ventaja de que Fraga no lleva tantos guardaespaldas ni cobra tanto cada vez que abre la boca: un millón de pesetas cobra Kissinger por cada conferencia. A mí no me cobró nada, a pesar de que me dijo algunas cosas. Claro que yo no le permito, ni a él ni a nadie, que me dé una conferencia. Fue un sabio consejo de Eugenio D'Ors.

Tuve un detalle con Kissinger: le regalé, dedicado, el libro de Verdú. Kissinger es un gran aficionado al fútbol. No entenderá nada, sin embargo, de lo que he escrito V. V., porque K., me olvidaba— sólo sabe del fútbol que se juega en los márgenes del campo y no tiene ni idea del miedo que se siente ante el penalty. ■ SILVESTRE CODAC